



El Gral. Díaz de gran uniforme. El grabado dá idea de la salud y vigor de que goza el ilustre Jefe de Estado. (Cuadro del artista Joaquín Romero)

I.

LA VOCACION.

Debemos proceder de acuerdo con nuestra conciencia.

ERA casi un niño Porfirio Díaz cuando terminó en el Seminario Conciliar de Oaxaca los estudios preparatorios de la carrera sacerdotal, á la que le había inclinado su único protector, el Obispo D. José Agustín Domínguez. No era ciertamente del agrado del joven seminarista el porvenir á que podía conducirlo aquel Prelado, por más que éste creyera necesario apoyar su consejo en razones de conveniencia que estimó tan decisivas, como lo ventajoso de la posición social y la riqueza de que entonces disfrutaban los miembros del clero.

Aunque con poco entusiasmo, Porfirio aceptó, más bien por obediencia que por convicción, el consejo del Obis-

po; pues como su pobreza era extremada, al grado de que se veía obliagdo á dar clases de latín para ayudar á su anciana madre, pensó que podría tachársele de ingrato si rehusaba aceptar el apoyo y con él la posición con que le brindaba el Sr. Domínguez.

Por aquella época, y en oposición al Seminario en que comenzó á educarse Porfirio, existía en Oaxaca el Instituto, establecimiento fundado con tendencias completamente distintas á las que estaba consagrado el primero. En el Instituto se propagaban las ideas de libertad de pensamiento, de igualdad ante la ley, de fraternidad, de tolerancia, de orden y trabajo; en el Seminario imperaban las opuestas; la intolerancia, los privilegios de clase y la sujeción incondicional de la conciencia á la fé ciega é indiscutible.

Un sencillo acontecimiento bastó para cambiar los destinos del joven Porfirio: el padre de uno de sus discípulos lo invitó á una distribución de premios que iba á hacerse á los estudiantes del Instituto, y los discursos que escuchó el jóven seminarista en aquel acto, y las ideas que penetraron en su conciencia, le pusieron de manifiesto la verdadera senda que debía seguir en lo futuro y que no había de ser sino la que le marcaran sus sentimientos, de acuerdo con su conciencia. Tremenda ha de haber sido la lucha que se entabló en aquella alma juvenil; porque si de un lado estaban la voluntad y el bienestar de los seres á quienes amaba, y sus comodidades y las de los suyos aseguradas, del otro se alzaban el de-

ber y la satisfacción de consagrarse á lo que sus convicciones, repentinamente nacidas en su espíritu, lo inclinaban. Porfirio sin vacilar, se resolvió á seguir el camino del deber.

Abrió, pues, francamente su corazón á las confiancias y expuso su resolución á su valerosa madre, quien llena de desconsuelo, pero abnegada y prudente, se encargó de la difícil tarea de anunciar al Obispo cuál era desde aquel día la voluntad del seminarista. No se ocultaban á aquel jóven ni la trascendencia del paso que estaba dispuesto á dar, ni las rudas luchas y sacrificios que le esperaban; pero, firme en sus propósitos y confiado en su entereza, se lanzó resueltamente por el sendero que más tarde había de conducirlo á la gloria.

No es dado á todos los hombres obtenerla, como él la obtuvo; mas todos debemos obedecer los mandatos de nuestra conciencia, porque siguiéndolos se alcanza, cuando menos, la paz del alma y la consideración de la sociedad en que vivimos.



Casa en Oaxaca, donde nació el Sr. Gral. Porfirio Díaz, hoy Escuela Oficial creada por el Gral. Martín González, cuando fué Gobernador del Estado de ese nombre.

II.

LA AYUDA PROPIA.

El trabajo manual es honroso.

El joven Porfirio se entregó resueltamente á la LUCHA POR LA VIDA. Y era ruda aquella lucha; pues mientras estudiaba con ardor y obtenía distinciones en todos sus exámenes, dedicaba sus horas libres á oficios humildísimos que le permitieran aliviar sus necesidades y las de su familia.

Tan extraordinario esfuerzo hubo de llamar la atención de un comerciante oaxaqueño, quien, interesado por la energía y empeño del muchacho, le hizo algunos cortos regalos, alentando así al estudiante á pedirle que lo admitiese como empleado en una de sus tiendas; pero el comerciante tomó informes acerca de su conducta y supo que el animoso joven

merecía apoyo y que no debía abandonar las aulas por el mostrador, cuando ya cursaba estudios superiores con notable aprovechamiento.

Las necesidades, no obstante, continuaban apremiando á la familia, y para atender á ellas, Porfirio imaginó confeccionar por sí mismo algunas de las prendas de uso corriente; proveyose de toscos utensilios, y después de observar de qué manera hacía su labor un zapatero que tenía su taller frente al Instituto, logró fabricar calzado para él y para los suyos. También hizo trabajos de carpintería. Arrastrado después por su ardiente afición á la caza, consiguió transformar viejas armas en buenas escopetas, y aun compuso las de otros cazadores, compañeros suyos de excursiones, ganando honradamente algún dinero gracias á su vigilante ingenio y á la habilidad de sus manos.

Si á muchos jóvenes que vagan por las calles, sin profesión ni oficio conocidos, se les preguntara cuál es la causa de su miseria, contestarían invariablemente que la falta de recursos; muchos de ellos preferirían también, continuar una vida de privaciones, en vez de entregarse al trabajo manual. Sin embargo, el trabajo es siempre honroso, cualquiera que sea la forma en que se ejecute; y es tan meritorio el dinero ganado con las labores intelectuales, como el que se obtiene por medio del esfuerzo de los brazos.

Después de lo que llevamos dicho, fácil es comprender cómo quien jamás se arredró ante ninguna dificultad durante

los primeros años de su vida, ni consideró bochornoso ningún trabajo honrado, haya sido capaz de allanar los tremendos obstáculos que más tarde habían de oponerse á su obra, y haya sabido sacar, poco menos que de la nada, ejércitos, armas, ferrocarriles, dinero y escuelas, como antes había sacado escopetas y zapatos: á fuerza de trabajo, constancia y energía.

Pasaban los años, y á medida que las aptitudes de Porfirio iban desarrollándose por el estudio, su espíritu industrial le proporcionaba mejores y más vastos recursos. Rápidamente avanzó en su carrera: fué primero bibliotecario del Instituto en que se educaba, luego pasante de Derecho; y si no llegó á obtener el título de abogado, fué porque el General Santa Anna, alarmado por las tendencias abiertamente liberales del plantel oaxaqueño, lo clausuró inesperadamente; mas cuando Porfirio tenía ya una clientela numerosa, que se vió obligado á abandonar para consagrarse en cuerpo y alma á la causa de la libertad, á la que ha permanecido fiel durante toda su existencia.



Templo y Convento de Santo Domingo en la ciudad de Oaxaca. Por la altura y el espesor de sus muros, este edificio fué fortaleza inexpugnable para los ejércitos que lo sitiaron ó se encerraron en él durante la triste era de nuestras convulsiones políticas. Sin embargo, el Gral. Díaz, siendo estudiante, lo escaló varias veces burlando la vigilancia de la guarnición, para hablar con su maestro D. Marcos Pérez, prisionero de Estado en la célebre *Torreccilla*. Tras el muro sur y sobre la bóveda, queda la famosa mazmorra, cuya elevación dá idea del valor y la energía de quién llegó á ella por servir á la causa liberal.

III.

LA DEFENSA DE LA PATRIA.

En bien de la nación debe hacerse cualquier sacrificio.

Sobrevino inesperadamente un acontecimiento que conmovió el espíritu de Porfirio Díaz, despertándole el más alto y más noble de los sentimientos: el amor á la Patria, hollada por el enemigo extranjero. Sucedió esto en 1846, cuando los invasores norte-americanos amenazaban atacar la capital del Estado de Oaxaca.

Tenía entonces Porfirio Díaz 16 años; y como escuchara de labios de uno de sus profesores, que era deber de los mexicanos defender el territorio invadido, tomó este sentimiento en el estudiante la misma forma activa y enérgica con que en su corazón se han revelado todos en el curso de su vida. Así, pues, congregó á algunos de sus discípulos; y poniéndose resueltamente á la cabeza de ellos, se dirigió al Gobernador del Estado para ofrecerle sus servicios y los de sus compañeros, como una ofrenda á la Patria.

Naturalmente, admirado el Gobernador ante aquella actitud resuelta, pero más admirado todavía ante el ardor patriótico de aquéllos jóvenes, se limitó á anotar sus nombres sin aceptar de pronto el ofrecimiento que le hacían. Más tarde fué éste aceptado, y entonces Porfirio empuñó por vez primera las armas en defensa de México, hizo sus guardias y se sujetó al duro régimen militar.

Habían de transcurrir algunos años para que Porfirio volviera á empuñar la espada y cooperara con sus actos á las más bellas páginas de esas dos grandes guerras que se llaman de la "Reforma" y de la "segunda Independencia."

Y entonces lo veremos tan resuelto como en los primeros pasos de su vida, abandonar familia, bienestar, intereses, todo, para entregarse á la lucha en pro de sus ideales. Así, al triunfar la Reforma, dejó la curul que ocupaba en el Congreso de la Unión para defender la capital de la República, amenazada por las fuerzas clericales, en tanto que los demás diputados perdían el tiempo en inútiles debates.

Más tarde, cuando terminó el sitio de Puebla, en 1863, Porfirio se entregó prisionero; pero declarando que lo hacía únicamente por obediencia, y afirmó que estaba resuelto á combatir al invasor tan pronto como lograra fugarse. Y se fugó, y combatió en efecto, valientemente contra los franceses; volvió á caer prisionero, y de nuevo manifestó que tomaría á evadirse, si le era posible, y que lucharía hasta el último momento.

He aquí un hermoso ejemplo de amor á la patria, que ojalá sepamos imitar si algún día nuestro país se viere amenazado por las armas extranjeras. Sólo así seguiremos las huellas de este gran ciudadano; sólo así conservaremos su gran obra y nos haremos dignos de ella; sólo así mereceremos llamarnos mexicanos libres.



Señor Lic. Marcos Pérez, Gobernador de Oaxaca en 1849. Fué quien presentó al joven Porfirio Díaz con Don Benito Juárez. El trato de estos eminentes liberales despertó la conciencia del seminarista por compromiso, y le apartó de la carrera sacerdotal. El primer servicio que prestó Porfirio á la causa de la libertad, fué el de escalar con su hermano Félix los altos muros del convento de Santo Domingo, donde estaba preso Don Marcos Pérez, á quien quería comunicar importantes noticias políticas.

IV.

EL VALOR CIVIL.

*La opinión y las convicciones deben proclamarse
y sostenerse siempre.*

A fines del año de 1854, el dictador Santa Anna, cuyo período de mando estaba próximo á terminar, quiso prolongarlo indefinidamente; y contando para ello con el apoyo del ejército y del clero, que entonces estaban íntimamente unidos y eran muy poderosos, convocó al país á una comedia de plebiscito, con el fin aparente de saber si la voluntad de los ciudadanos era ó no favorable á su permanencia en el puesto más elevado de la República.

Dos eran las preguntas que se dirigían, en dos distintos libros, al pueblo; la primera: "¿Debe continuar el actual Presidente de la República en el Poder Supremo, con las mismas amplias facultades de que hoy está investido?" Y la segunda: "En caso de que no deba seguir ejerciendo las

mismas amplias facultades, ¿á quién debe entregar inmediatamente el mando?

Se invitó al pueblo á que votara "*con toda libertad*;" pero de antemano se supo que las mesas donde iban á depositarse las cédulas, se verían rodeadas por muchas tropas encargadas de hacer pagar muy cara su osadía á quien se atreviera á estampar su firma en el segundo de los dos libros mencionados.

Tanta audacia y cinismo colmaron de indignación al joven Porfirio Díaz, que ya era catedrático interino en el Instituto de Oaxaca. Se resolvió, pues, á declararse contra el dictador, para quien era ya sospechoso de tiempo atrás por sus opiniones liberales, francamente manifestadas.

Llegó el día del famoso plebiscito, y en efecto, la plaza de armas de Oaxaca, que era el sitio donde se hallaban instaladas las casillas electorales, fué invadida por tropas que llevaban los fusiles cargados. Se colocó una batería de cañones dispuestos á hacer fuego en caso necesario, y sobre una mesa se pusieron los dos famosos libros.

Cuando Porfirio se aproximó, el segundo de ellos estaba en blanco, porque nadie había tenido el valor de arrostrar las iras del tirano, estampando en él su firma.

Llegó en esto un alcalde de cuartel, que llevaba consigo treinta votos; de "*todos*" los vecinos en aptitud para votar, que vivían en cierta manzana de su cargo.

Porfirio, que habitaba en esa manzana, advirtió que

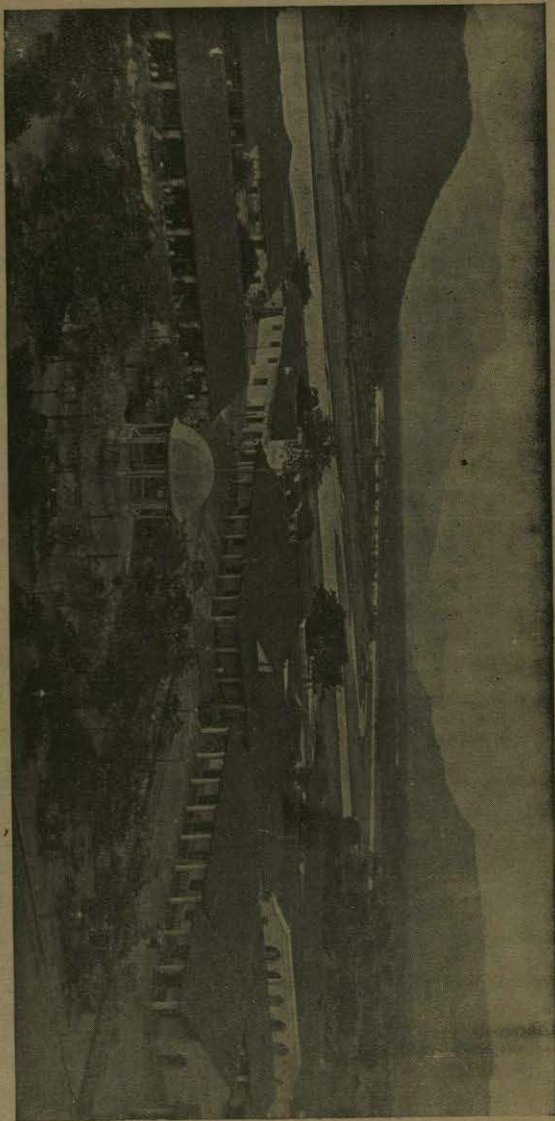
de ese número debería quitarse una unidad, porque él no había votado ni autorizado tampoco á nadie para que votase en nombre suyo. Entonces, algún malévolo hubo de exclamar: "Uno no vota cuando tiene miedo."

Sin contestar una palabra, se dirigió Porfirio tranquilamente á la mesa, tomó la pluma, abrió el temible libro de la negativa, en medio del asombro de los concurrentes al acto; y sin darse por entendido de las amenazas que en contra suya profirió el Gobernador del Estado, estampó en la primera página el nombre del que era entonces caudillo de la revolución liberal, D. Juan Alvarez, firmando debajo. Otra persona, arrastrada por el viril ejemplo del joven, también estampó allí su firma, pero votando en favor de D. Juan B. Ceballos. Porfirio se salvó gracias á su destreza, y desde ese día tomó definitivamente las armas en defensa de la libertad.

Más tarde, y en circunstancias no menos terribles, en las que también peligraba su vida, ante el General francés Forey, ante el Mariscal Bazaine y ante el Conde de Thum, Porfirio, preso y desarmado, supo sostener con igual entereza sus opiniones.

Si la resolución de ajustar sus actos á sus convicciones es una virtud en el hombre, el valor civil de sostenerlas en público, afrontando por ellas toda clase de peligros, es otra gran virtud del ciudadano.

Vista de Tehuantepec en donde estubo el Gral. Diaz como Gobernador y Comandante militar, prestando importantes servicios a la causa liberal. (Fotografía propiedad de C. B. Walter, foto. B. Juan de Leñan S. Mexico.)



V.

LA ACTIVIDAD FISICA.

Hay que fortalecer el cuerpo para que resista

á todas las luchas.

Hemos dado á conocer los esfuerzos desplegados por el joven estudiante para hacer su educación intelectual y moral. Vamos ahora á referir los que hizo para lograr su educación física.

Esto es tanto más importante, cuanto que, para ser sanos y fuertes de alma, necesitamos serlo también de cuerpo, cimentando así nuestra energía en nuestra resistencia corporal.

Ya hemos señalado la afición de Porfirio Díaz á las partidas de caza, ejercicio que desarrollando y fortaleciendo aquel organismo privilegiado ya por la naturaleza, le proporcionó la agilidad y el vigor extraordinario que todavía admiran en él nuestros jóvenes.

Endurecido por las grandes caminatas á pié, expuesto á los rigores del sol, las lluvias y el viento; habituado á vivir al aire libre, á dormir al raso, á desafiar el peligro y á verlo serenamente, cuando el seminarista tomó á los 16 años las armas para defender á su patria contra el invasor del Norte, estaba dotado de cualidades que habrían envidiado algunos de los más vigorosos generales del ejército.

Mucho había de servirle esta preparación para salir con bien y con gloria de los peligros que afrontó más tarde; pero sin necesidad de referirnos á episodios recientes, vamos á narrar un acto de arrojo y de destreza, realizado por el futuro Presidente de la República en aquella época.

El gobierno del General Santa Anna inició, como en nuestro anterior capítulo indicamos, una terrible persecución contra las personas que se habían distinguido por sus ideas liberales. Entre esas personas se encontraba el Lic. D. Marcos Pérez, maestro del jóven Porfirio.

Don Marcos fué sujeto á proceso y se le redujo á prisión, en lo que se llamaba en Oaxaca la Torrecilla, calabozo situado en el convento de Santo Domingo. La Torrecilla estaba construida en la parte más elevada del referido convento, y tenía una ventana que daba al patio de la sacristía.

Porfirio resolvió comunicarse con su maestro, para lo cual no encontró medio mejor que el de escalar, en compañía de su hermano Félix, el edificio en donde se hallaba encerrado el prisionero.

El mismo ha narrado esta peligrosísima hazaña con una sencillez conmovedora:

“El escalamiento del convento se me facilitó—dice—por la agilidad que había adquirido en mis ejercicios gimnásticos y por haberlo hecho en compañía de mi hermano. Cuando teníamos que subir á una altura que no excediera de tres metros, uno de nosotros subía sobre el otro y echaba una cuerda al que quedaba debajo, para que subiera á su vez; cuando la altura era mayor, tirábamos la cuerda sobre uno de los ángulos, y uno de los dos la sostenía mientras el otro podía subir, lo cual era muy difícil; después de que uno estaba arriba, se ocupaba en sostener la cuerda para que subiera el otro.”

“Por la puerta del campo del convento subimos, á cosa de la media noche, á la barda de la huerta, que tendría como cuatro metros de altura. La primera noche bajamos á ese lugar con el objeto de ver si había centinelas en él; en seguida, volvimos á subir á la barda y andando sobre ella, llegamos á la azotea de la panadería del convento. A esa hora estaban trabajando los panaderos, y como esa gente acostumbra cantar durante su trabajo, no era fácil que nos sintieran.

“De la azotea de la panadería subimos á la azotea de la cocina, que era el escalón más alto que teníamos que ascender. Los cocineros estaban durmiendo. De la azotea de la cocina subimos sin dificultad, uno en hom-



Ex-General Leonardo Márquez, caudillo el más temible de la reacción, y Lugarteniente del Imperio. Sembró el terror en las filas liberales por su ferocidad, de que fueron víctimas los jóvenes sacrificados en Tacubaya, el gran demócrata Ocampo y los ilustres Generales Degollado y Valle. El Gral. Díaz le derrotó siempre desde el primer encuentro en Jalatlaco, donde venció con 272 hombres á cerca de 4,000, con once generales entre ellos los Cobos y Negrete; luego en Pachuca y Real del Monte, más tarde en San Lorenzo, y, por último, en México, con cuya toma terminó militarmente la epopeya de la Intervención.

bros del otro, á la azotea principal y más elevada del convento.”

“Al llegar á ésta era necesario ir con gran cuidado porque había muchos centinelas; la primera noche tuvimos que esperar antes de dar paso hasta oír el alerta de ellos, pues no había otra manera de conocer su posición.”

“Para facilitar nuestra salvación en caso de ser vistos, quitamos una cuerda que estaba amarrada al badajo de una campana, y la aseguramos de una almena que daba á la calle, con el propósito de descolgarnos por la cuerda si llegábamos á ser descubiertos y cortada nuestra retirada. Antes de bajarnos de la azotea, volvimos á poner la cuerda en donde la habíamos tomado. Llevábamos prevenido un grapón de hierro para ponerlo en uno de los extremos de la cuerda y poder usarla en caso necesario por cualquier parte.”

“La llegada á la azotea principal del convento fué lo más peligroso de la operación por los muchos centinelas que había en ella. Nuestra marcha era más tardía, porque teníamos que permanecer acostados, vestidos con trajes grises para no hacernos muy visibles, escuchando un alerta cada quince minutos, que nos indicaba la situación de los centinelas.

“Así llegamos hasta la azotea de la *Torrecilla*. Para burlar la vigilancia de cuyo centinela, era necesario no hacer ruido. Una vez allí, me descolgaba yo ó sostenía á mi hermano para llegar á la ventana; y estando ya en ella y cogida

la reja con las manos, descansaba el que sostenía desde arriba al que había descendido."

Grandes eran los peligros, como acaba de verse, que debían afrontar los dos esforzados jóvenes para llegar hasta el lugar en donde se encontraba el prisionero; pero acaso era todavía mayor el que corrían cada vez que alguno de los soldados de la guardia, apostada en la habitación contigua á la torrecilla, trataba de observar al preso, asomándose á un boquete que comunicaba las dos habitaciones.

"Cuando estaba yo en la ventana y el centinela se asomaba al boquete—escribe el mismo autor de esta hazaña—tenía necesidad de inclinarme, alejándome en lo posible de la ventana para no ser visto; y entonces permanecía yo suspendido de la cuerda (á considerable altura sobre el patio) y mi hermano tenía que sostenerme. Por supuesto que esto no duraba mucho tiempo, sino solamente mientras que estaba suspendido; luego volvía á coger la reja con una mano."

Y estos peligros, como los que más tarde corrió Porfirio Díaz, ha podido afrontarlos valerosa y enérgicamente, porque desde muy joven ha sabido fortalecer su cuerpo, haciéndolo insensible á todo desmayo, vigorizándolo para la lucha y convirtiéndolo en un escudo en el que se han embotado todos los golpes. La vida es, en efecto, una eterna lucha, y para vencer en ella, son indispensables las cualidades físicas y morales que nacen de la fuerza y de la salud.

VI.

EL ESTOICISMO.

Las virtudes heroicas son las que se ejercitan á diario.

Llegó por fin para la patria el gran movimiento revolucionario iniciado contra el gobierno que más rudamente ha oprimido entre nosotros la libertad de conciencia y agobiado á los ciudadanos con sus persecuciones: llegó la bienhechora *Reforma*, la gran obra que había de procurar á Porfirio Díaz la ocasión de poner de relieve el varonil empuje de su espíritu.

Es, sin duda, épico y digno de admiración el heroísmo del Emperador Cuauhtemoc, sufriendo impávido que le quemaran los pies antes que revelar el paradero de los tesoros que buscaba el Conquistador. Pero es todavía más heroico el estoicismo del hombre que, en cumplimiento de su deber, sufre resignada y silenciosamente dolores, enfermedades, privaciones, durante meses y años, sin flaquear un sólo instante, sin desertar de su puesto.



Gral. Jesús González Ortega. Mandaba en jefe al Cuerpo de Ejército de que formaba parte la brigada de Oaxaca, á cuya cabeza iba el Coronel Porfirio Díaz, en persecución del sanguinario ex-General Márquez. Cuando González Ortega supo en qué circunstancias había vencido Díaz en Jalatlaco, escribió al Presidente Juárez: "Me avergonzaría yo de seguir usando la banda verde, si no se le concediera al Coronel Porfirio Díaz, después de su brillante triunfo en Jalatlaco."

Examinando la mayoría de los hechos heroicos que menciona la historia, se descubre casi siempre entre los móviles que los determinan, una idea de provecho propio, empujada ciertamente por el sentimiento de un deber ó por una pasión irresistible. Pero los que en alas de ese mismo deber se sacrifican, día á día, en circunstancias normales y hasta vulgares, á sabidas de que sus actos pasarán inadvertidos y quedarán sin premio, son los verdaderos héroes de la abnegación; y si el sacrificio llegare hasta sufrir tormentos y dar la sangre y la vida, si necesario fuese, por un ideal noble y grande, tendremos el ejemplo más hermoso de estoicismo que es dable presentar.

Ese ejemplo nos lo ofrece el oficial Porfirio Díaz, cuando, gravemente herido y presa de agudos dolores, sigue batiéndose y cumpliendo su obligación, como la cosa más natural y sencilla del mundo, sin exhalar una queja ni hacer mérito de su sacrificio.

Capitán de guardia nacional era, en efecto, Porfirio Díaz, cuando en el mes de Agosto de 1857, y al frente de una Compañía, libró combate contra las tropas de uno de los más afamados jefes reaccionarios, en el pueblo de Ixcapa. Fué allí donde recibió su bautismo de sangre; sangre que manó en abundancia de uno de sus costados, abierto por una bala, que se le quedó alojada en el cuerpo, en el fondo de una tremenda herida. Todos vieron desplegarse al joven Capitán y le tuvieron por muerto; pero con

gran asombro viéronle después levantarse y seguir batiéndose hasta que la fuerza de que formaba parte alcanzó el triunfo.

Varias curaciones se le hicieron, pero por más esfuerzos desplegados no se pudo hallar, ni por tanto extraer, la bala que le había producido la dolorosa lesión.

El regreso á Oaxaca fué lento y penosísimo; y cuando, cerca de cincuenta días después de haber recibido la herida, trataron los facultativos de curarla formalmente, hubieron de declararse vencidos, porque el proyectil no parecía, y las crueles curaciones que sufrió, lo debilitaron más y más, hasta dejarlo casi agotado.

En tan triste estado físico se encontraba, cuando fué llamado por sus superiores para combatir al feroz reaccionario Cobos, que se había hecho dueño de la ciudad de Oaxaca. En el acto acudió Porfirio, sin acordarse de sus dolores, y se batió durante el largo tiempo que duró la lucha entre las fuerzas liberales y sus enemigos, soportando privaciones, pues llegó vez en que ni él ni los suyos tuviesen el más insignificante alimento.

Naturalmente, la falta de municiones de guerra y víveres comenzaba á producir sus efectos desmoralizadores entre los liberales, cuando el Capitán Díaz tuvo noticia de que una de las trincheras que había levantado el enemigo, estaba formada por sacos de harina y de salvado. Inmediatamente concibió el proyecto de apoderarse de ella.

Obtenido el permiso de sus jefes, el animoso Capitán salió con veinticinco hombres de su compañía, y por medio de horadaciones, á través de varias casas, llegó á la última en cuya esquina había una tienda que se hallaba en poder del enemigo. Con el pequeño número de hombres que le acompañaba, pues había dejado la mitad de ellos para cubrir la retirada, entró resueltamente al establecimiento, ocupado por los defensores de la trinchera se trabó un reñido combate; y como Porfirio viera que le quedaban ya muy pocos soldados, mandó tocar diana, que era la señal convenida para pedir refuerzo; más por una verdadera fatalidad, el Jefe de la fuerza liberal ó no oyó el toque ó lo entendió á la inversa; lo cierto es que no acudieron en su auxilio.

Entretanto, la situación iba haciéndose muy desesperada para Porfirio; y como el asalto se prolongó mucho, hubo tiempo de sobra para que llegaran nuevas fuerzas reaccionarias. Cuando el joven Capitán se convenció de que le habían abandonado sus compañeros de armas en la empresa, no le quedaban más que tres hombres y un corneta: entonces arrojó simultáneamente sobre los defensores de la tienda las granadas de mano que llevaba, y aprovechando la confusión que los estallidos produjeron, batióse en retirada. Desgraciadamente extravió el rumbo de las horadaciones y llegó á encontrarse ante una tapia, sin salida alguna y con los enemigos á la vista; pero á pesar de que la herida entor-

pecía sus movimientos, pudo saltar el obstáculo y regresar á la línea de defensa, después de tan audaz como peligrosa marcha.

Cundió la desmoralización entre los liberales con el malogrado asalto de la trinchera, á tal grado, que el Gobierno de Oaxaca decidió retirarse á la sierra, dejando la capital del Estado en poder de los reaccionarios. Conocido este designio por los jóvenes oficiales, entre los cuales se contaba Porfirio, resolvieron intentar un ataque, desoyendo la superior voluntad, porque no juzgaron digno resignarse á tan humillante descalabro.

Concedieronles permiso los superiores para efectuar esta tentativa, pensando, en el fondo, castigarlos por la audacia de sus pretensiones, que juzgaban irrealizables.

Dióse el asalto; y en él lucharon con tanto vigor y energía las fuerzas de uno y otro bando, que la victoria permaneció indecisa para los liberales y para sus irreconciliables adversarios, quienes, como habrá podido juzgarse, estaban en mejores condiciones que los asaltantes. En uno de los encuentros cayó gravemente herido el jefe que mandaba la columna en la que combatía Porfirio, quien asumió desde luego el mando. Organizó rápidamente las fuerzas, que comenzaban á vacilar, y seguido de ellas marchó con denuedo sobre el Palacio, al que por fin logró penetrar, al mismo tiempo que llegaban al edificio las otras columnas. El enemigo, arrollado en varias partes, fué duramente castigado en su



Episodio de la batalla del 5 de Mayo de 1833. En el fondo se ve, marcado con cruz, el fuerte de Loreto, donde en 1833 con Echea y Propuso el genl. Diaz, el plan para batir en detras al Ejército francés que estaba preparándose á situar la ciudad de Puebla. De haberse tomado en cuenta ese plan, probablemente hubiera cambiado la faz de la campaña y no se habría disuelto el primer Ejército de Oriente. (Pintura del artista Francisco de P. Mendoza.)

último refugio, hasta que abandonó éste en derrota completa, dejando en manos del vencedor armas, dinero, municiones y muchos prisioneros.

Después de este triunfo realizado en un estado físico verdaderamente lamentable, puesto que su herida ni siquiera le permitía ceñirse la espada, no se consagró el Capitán Díaz á su curación, como otro lo hubiera hecho; sino que montando á caballo, á costa de crueles dolores, salió con todos sus compañeros en persecución de los fugitivos, quienes á unas siete leguas de Tehuantepec, fueron derrotados completamente.

El Gobierno de Oaxaca, que no le concedió ascenso ni premio alguno directo que lo estimulara, como justa recompensa de esta serie de victorias, le nombró Gobernador y Comandante militar del Departamento de Tehuantepec, con el fin de que fuera á reprimir los levantamientos que los reaccionarios promovían allí sin descanso. No se trataba, pues, de un nombramiento honorario, sino de un cargo pesadísimo, sembrado de peligros y responsabilidades.

A él se consagró Porfirio Díaz con su proverbial ardimiento, y en aquel puesto, sufriendo siempre el tormento de su incurable herida y atacado de paludismo, se batió casi semana á semana, durante dos años, librando combates, rechazando y dando asaltos, evitando emboscadas y asechanzas. Así ganó, uno á uno, sus grados, hasta obtener el de Coronel.

Veintiocho meses habían transcurrido desde que recibiera la herida que tanto le había hecho sufrir, cuando por una feliz casualidad logró al cabo que le extrajeran el proyectil. Fué el caso que el cirujano de un barco de guerra de los Estados Unidos, fondeaba en la Ventosa, escuchó el relato de los hechos del valeroso hijo de Oaxaca; é interesado por lo que de él se decía, resolvió hacerle una operación con el fin de ver si encontraba la famosa bala. Llevóse á efecto la extracción del proyectil, viéndose al fin Porfirio libre de esos sufrimientos. Pero para que se advierta hasta qué punto estaba condenado nuestro héroe á la acción persistente y al trabajo rudo, diremos que el mismo día en que se le hizo aquella operación, recibió del Gobierno orden de marchar inmediatamente á través del istmo, infestado de gavillas reaccionarias, para encargarse del transporte de un convoy que hacía urgentísima falta en el centro del país. Esclavo del deber, sin vacilar un momento y sin tener en cuenta su estado todavía peligroso, se levantó de la cama y salió á caballo en dirección del punto que se le indicaba.

Peligrosa era la empresa que se le había encomendado, y con respecto á las varias peripecias de ella, sólo diremos que estuvo á punto de ser estrellado por la impetuosa corriente de un río, que tuvo que atravesar en una canoa. Por último, después de haber bregado por espacio de tres días, llegó al lugar designado, cuando las fuerzas enemigas que venían de Orizaba, se encontraban ya sólo á ocho leguas de distancia.



Mariscal Elías F. Forey, Jefe Supremo del Ejército Invasor, enviado por Napoleón para sustituir á Laurencez. Cuando llegó á Francia la noticia de que el Gral. Díaz era prisionero de Bazaine, Forey dijo en el Senado que se había obtenido un gran triunfo, pero que debían ejecutar al Caudillo liberal inmediatamente, pues de lo contrario les daría mucho en que pensar. A eso contestó el ilustre Thiers que sería injusto y hasta deshonroso para Francia, que se fusilara á un militar tan distinguido como el general Díaz, por el solo hecho de defender heroicamente á su Patria.

Sin demora emprendió el activo jefe una marcha, á cortas jornadas, por caminos penosísimos, bajo la inclemencia del clima tropical y sosteniendo continuos tiroteos con el enemigo.

Toda esta campaña, que ha sido sin duda, una de las más duras y penosas que ha tenido que sufrir, fué realizada como dijimos antes, en medio del mayor silencio y á riesgo de pasar inadvertida, circunstancias que la hacen todavía más meritoria.